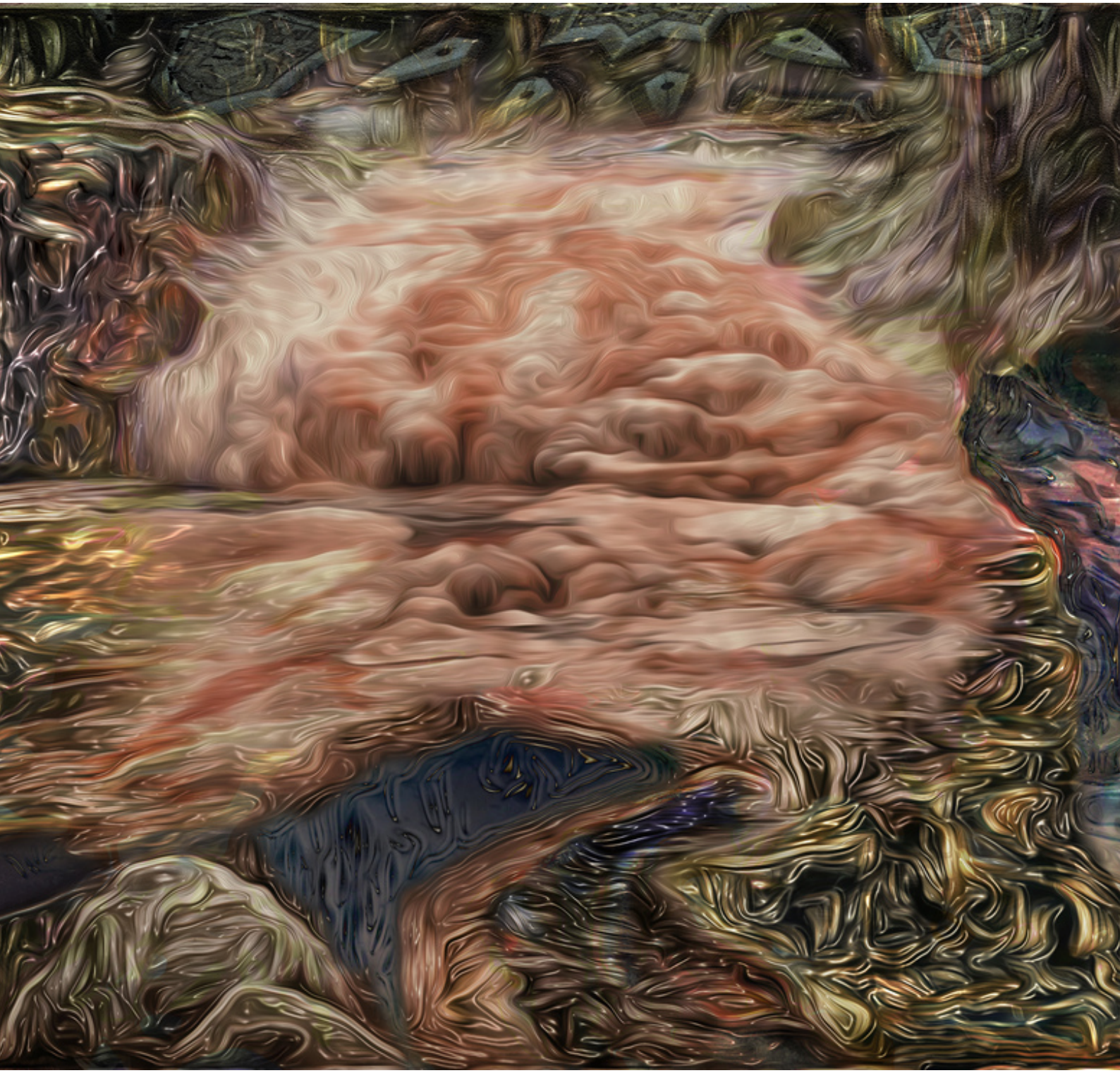
El polo

Andrés Dickinson



Capítulo 1

El POLO

I

Las noches del corazón han emigrado al polo de la sed y los deseos.

II

Censuro a la tempestad que devoró mi fuego, y canto para no caer, casi rendido, en el olvido.

III

El amor me olvida en el tenue rocío de las flores; me deja al borde del río ceniciento.

IV

No eleves anclas a la nube de polvo y miel, que el caballo de los tiempos quiere tramontar la eternidad.

V

Si busco en la marea de mis años, encuentro que la tierra es mejor cuando el volcán del alma se ha cegado, en cuyo humo danza el sufragio de amoríos.

VI

Busco cual vigía al ladrón de mi sepultura, y por donde busque, la soledad se agazapa en son de ternura.

VII

Tú, ave de sol y agua, no escarbes la tumba del árbol que palpita, que sueña en lluvias de azafrán.

VIII

Apenas el viento arriba a nuestros pechos. Apenas la luz del alma se divisa.

IX

Durante un breve sosiego se manifestó la urdimbre de los seres. Ardía cual antorcha vista a través del agua, internamente, para disponer su voluntad a los designios de la muerte.

X

El descenso había comenzado. Florecerá en el verbo el pino y cantará en la aurora el alma. Se verá cómo el tiempo se inclina ante la nada.

XI

Aún me sé vivo, y en mi palabra ha caído el rayo sanador, el que lanza Dios desde la cúpula del alma para librarme de las sombras.

XII

El sepulcro de la carne es el ocaso que al alba se traiciona: el humano a la luz renace y a la sombra es un montón de escombros.

XIII

Abrir los ojos a la muerte… Si el camino está hecho de pasos, la vida se resolverá en la ausencia de luz que habrá transitado la humanidad al conquistar la sombra.